

¿Qué es educar?

Juan Manuel Iranzo

¿Qué es educar? No voy a decir nada que no sepan. Educar es contribuir a expandir la autonomía personal, la soberanía sobre propia la vida □ sobre pensamientos y actos, convicciones y deseos, capacidades y metas. Educar es cooperar con quienes se están formando en asegurarles la oportunidad de tener una vida mejor que la nuestra.

‘Una vida mejor’. ¿Existe *una* ‘vida buena’? Cada cultura, grupo social y persona debe decidir, constantemente, qué entiende por tal y ponderar de qué medios dispone para conseguirla, y cómo meta y medios generan cooperación o conflicto con sus semejantes. Educar es enseñar a los exploradores del mundo natural, las creaciones artísticas y técnicas y la vida social a rastrear, descubrir, usar con creciente pericia e incluso mejorar los métodos para decidir qué es para ellos la vida buena y a discernir, adquirir e innovar, en la medida que puedan, los mejores medios para aproximarse a ella. Hablo, a nivel abstracto, de ética, estética, política, ciencias y tecnologías. Y de diversidad, tolerancia, fertilización cruzada cultural y creatividad, personal y social. Como señala Michael Hampe –el autor de *La vida plena* □ “(...) *reconocer las diferencias* es la condición primordial de la felicidad. (...) Poder reconocer, considerar y tolerar la diversidad en la existencia humana en lo que atañe a temas relativamente elementales, no en todos desde luego, constituye un molde de *apacibilidad*. Verse forzado siempre a superar estas diferencias, a tener que apartarlas o unificarlas, puede desembocar, por el contrario, en agresiones inútiles de distinta naturaleza.”

Para reflexionar con aptitud sobre la diversidad de la vida buena, el conocimiento es requisito indispensable, y de tres cosas en particular: de uno mismo, del mundo natural del que emergemos y somos parte y de esa parte especial que somos los seres humanos.

El autoconocimiento es vital porque el recurso fundamental de toda vida es uno mismo. Es esencial adquirir pronto una capacidad fidedigna para hacernos una idea precisa de la medida y potencial de nuestro carácter y nuestra personalidad, nuestras inclinaciones, actitudes y querencias, nuestras capacidades y limitaciones, frente a distintas personas, casos, objetos, saberes o prácticas, con serenidad y evitando juicios auto-destructivos o denigrantes; cuidando la autoestima sin caer en la autoindulgencia y alentando la mutua colaboración para un autogobierno inteligente. Favorecer el sentido de la propia medida importa porque conviene tener aspiraciones sin hacerse ilusiones, elegir metas sin abrigar falsas expectativas sobre la motivación, las fuerzas y el talento de uno. Eso permitirá forjar tanto un espíritu de superación que nos haga dar, y obtener, lo mejor de nosotros mismos, como la capacidad de aceptar y asumir, con pragmática lucidez, nuestras deficiencias y limitaciones. (Ésa es la función de los ejercicios que se hacen en el aula o en casa y de los exámenes –hoy degradados a modo de jerarquizar alumnos por

su almacenaje de información factual u operacional). El autoconocimiento reflexivo, adquirido bajo la guía de tutores competentes y franca y sinceramente compartido en cooperación y mutua ayuda con los condiscípulos y otros coetáneos es el medio esencial para definir los propios fines vitales –de preferencias banales a las más trascendentes, desde los fines más inmediatos y sencillos a los más ambiciosos y complejos.

Los ejercicios técnicos, la introspección, la lectura de historias significativas, la simulación dramática, la conversación informal, el debate ordenado, la reflexión, entre tantos otros son buenos medios para conocerse, pero, para ser fructíferos, requieren una materia prima indispensable –el conocimiento del propio cuerpo y la sensibilidad ante el desafío exaltador de una prueba práctica. Los griegos creían que, aparte materias ‘cognitivas’, la base formativa de una persona de bien eran la música, la poesía y el deporte; chinos y japoneses, en las épocas cumbre de su refinamiento, sustituían sólo los deportes por las meditativas artes marciales o plásticas.

Sería bueno, pues, poder conocer, disfrutar y ejercitarse en diversas disciplinas y prácticas físico-éticas (occidentales y orientales) y artísticas (plásticas, escénicas, literarias o técnicas), de modo que sea evidente que la diferencia es fuente de inspiración y creatividad; más importante aún es inculcar que las disciplinas deportivas, centradas en la compenetración entre la mente y el cuerpo, en la potenciación de ambos y en la cooperación táctica y estratégica, pero, sobre todo, en el fomento de la virtud que, significativamente, llamamos *deportividad*, tienen como sentido no sobrepujar al otro o establecer alguna marca, registro o palmarés, aunque ése puede ser uno de sus resultados, sino revelar potenciales y, sobre todo, trabajar la capacidad de auto-superación y de cooperación orientada a una meta tanto propia, como compartida. Y lo mismo cabe decir de las artes, atentas al cultivo de la sensibilidad respecto a las posibilidades de maravilla (de goce estético) de la existencia en todas sus dimensiones.

Y si al arte vamos, la música –siempre que se la enseñe no como un arte mecánica, semejante a hacer ganchillo, o como un arte de la guerra, o de la seducción, por otros medios□ constituye elemento esencial de la formación del carácter, la sensibilidad y el gusto. Y de las distintas formas de inteligencia. En su libro *Musicofilia*, el neurólogo Oliver Sacks dice: “Lo que [la plasticidad cerebral derivada de la exposición y práctica musical implica] para los primeros años de la educación es evidente. Aunque puede que una pizca de Mozart no convierta a un niño en mejor matemático, poca duda hay de que si escucha música con regularidad, y sobre todo participa activamente en la creación de música, se puede estimular el desarrollo de muchas zonas distintas del cerebro, zonas que tienen que funcionar juntas para escuchar o interpretar música. Para la gran mayoría de estudiantes, la música, educativamente, puede ser tan importante como la lectura o la escritura.” Por su ausencia de significación conceptual, por su enorme diversidad, y por sus inmensas resonancias emocionales, la música es tal vez el medio más idóneo para favorecer la armonía grupal, la identificación de las diferencias que marcan la propia individualidad y la apertura a la belleza y el mérito de las diferentes tradiciones, y actualidades, culturales de nuestro mundo.

Sí, estoy diciendo que las disciplinas físico-éticas y estéticas son, en mi opinión, el núcleo de la educación. Para explicar porqué necesito recuperar algunos conceptos de la tradición cultural occidental: la excelencia personal, que es la única herramienta de la que, para defendernos del infortunio, somos verdaderamente dueños, solía encarnarse en ésta en cuatro virtudes cardinales y tres bienes supremos, todos relacionados entre sí. La templanza y la fortaleza eran virtudes, característicamente deportivas, que conferían equilibrio emocional frente a la adversidad y contra la auto-indulgencia. Ese equilibrio es la fuente del bien supremo de la bondad, que se expresa en la compasión hacia los menos afortunados, el deseo de aprender de, y de emular y superar a los que son mejores y el cuidado prudente de uno mismo, de los demás y del entorno, para atender esos fines. El *cuidado* es la actitud primordial de quien quiere vivir sin dañarse, ni dañar a otros y evitando ser dañado. Y el primer paso es el cuidado y cultivo de sí mismo, comenzando por el propio cuerpo –en cuanto a la salud y la condición□, pero aún más del carácter, y, sobre todo de las acciones □respecto a las que sentimos admiración, repulsión, vergüenza □ya sea para con uno mismo, los compañeros o los adversarios. Esa respuesta ética –la ayuda a quien lo hace correctamente, la no colaboración no violenta con quien no, la contención en los medios de poder cuando se compite cooperativamente en un deporte o en una disciplina estética o cognitiva) es lo que hace que la competencia sea constructiva y no acaparadora y devastadora. Uno debe cuidarse y aprender a cuidar a otros y al medio artificial y natural. Si no aprendemos bondad en los pequeños servicios mutuos de la vida diaria, y no aplicamos esas pautas a las disciplinas físico-éticas, deportivas o meditativas, ¿dónde aprenderemos, viviéndolo, a dar con desprendimiento y a recibir con gratitud; dónde aprenderemos bondad?

El segundo gran bien es la belleza. Junto a la bondad, lo que da sentido al deporte, es la belleza moral y física del esfuerzo acumulado en el entrenamiento perseverante y el logro o el buen intento en el instante decisivo, sea cual sea el resultado. La justicia es la virtud que, acompañada de una magnanimidad prudente, emana de la belleza de las acciones –que nos impresionan como agradables o desagradables□, pero también, y por lo mismo, de los objetos, en tanto que resultado de un esfuerzo por inspirarnos y conmovernos en alguna dirección existencialmente significativa. Incluso cuando sólo trata de divertir –cuando trata *nada menos que de alegrarnos la vida*□ el arte es siempre un ejercicio de prudencia (incluso en la desmesura, que puede ser lo prudente en su contexto) y un ademán de justicia (aún cuando sólo y nada menos que intente decir: “¡Mira, y siente!”) Porque la estética está en la admiración ante cualquier configuración maravillosa. La música, las artes plásticas, incluidas todas las formas de diseño, las artes escénicas, las artesanías todas y los oficios en sus virtuosismos de seguridad, economía, eficacia y elegancia, nos ofrecen bienes y servicios que nos mueven a sentir gratitud hacia el mundo social y cultural del que nacen y al que deseamos corresponder cuidándolo y embelleciéndolo aún más, no menos que, y quizá derivado de ello, que llegamos a apreciar belleza en formas naturales del paisaje, en el movimiento de los animales, en los matices del crepúsculo o en la coreografía de átomos y galaxias.

Si el deporte puede enseñarnos a ser amables, en ambos sentidos de la palabra, las artes nos enseñan a ser atentos comenzando por *estar atentos* a las conformaciones de belleza que podemos aprender a percibir. Nuestra sociedad, tan multitudinaria en sus fuentes competitivas de emisión de mensajes como estentórea y agresiva en los contenidos que produce, tiene déficit de atención. Ésta es la sociedad del entretenimiento, la distracción, la dispersión y el ruido. La disrupción de los procesos educativos por los trastornos de atención tiene ya proporciones pandémicas. Y no hay una reacción social vigorosa para fomentar técnicas que desarrollan la atención –las prácticas meditativas, las habilidades técnico-prácticas y las pericias teórico-abstractas que pueden procurar un alto grado de absorción creativa –lo que el psicólogo Mihaly Csikszentmihalyi, llamó “experiencias de flujo”, vivencias supremas donde cada uno da lo mejor de sí en un esfuerzo sin esfuerzo en una tarea enfocada a una meta con significado de integridad o mejora personal.

He mencionado ya tres veces las prácticas meditativas y quiero detenerme un instante para disipar la extrañeza que haya podido producir. Muchos creen que la meditación es un uso religioso sin sentido en un mundo secular, o que debería recuperar un mundo que necesita más religión. Antes bien, quizá, en un mundo que ha superado el secularismo como religión y asume la tolerancia y la equidad entre todas las creencias y descreencias como regla de juego válida para todos aquellos que sin reservas la acepten –en lo que se llama la sociedad post-secular□ las prácticas meditativas constituyen técnicas llenas de racionalidad sustantiva, *praxis* llenas de significado en sí y útiles para el desarrollo de la capacidad de atención y de concentración en metas y procedimientos, para el goce y el aprovechamiento del silencio, la reflexión no deliberativa sobre la realidad y para el auto-conocimiento. Adviértase que esto, una vez, se supo. Recuerden la antigua práctica de ‘castigar’ a un niño poniéndolo cara a la pared –hoy modernizada con su envío a sentarse al ‘rincón de pensar’□ y nótese que la meditación zen consiste sencillamente en sentarse mirando a la pared y prestar atención a la propia respiración y las sensaciones, emociones e ideas que afloran. Por cierto, cualquier fisioterapeuta de sistema respiratorio les dirá que una buena respiración es esencial para la salud postural, fisiológica y mental; y que es algo muy infrecuente entre nosotros.

Promover la atención y el juicio emancipado de los ‘ídolos de la tribu’ de Francis Bacon es ir a contracorriente. Hoy, por ejemplo, decimos que la educación debe formar para el mercado. Cualquiera que diga que la educación *no* debe ir dirigida a formar ciudadanos útiles a sus congéneres es un indeseable. Pero supeditar la educación de las personas al servicio de una cosa –el ‘mercado’, o ‘el Estado’, etc... Sería absurdo decir que debería estar *contra* el mercado, del mismo modo que hablar de meditación no presupone estar *contra* las ciencias. Tal vez sea posible una educación que sólo esté en contra de aquello que dificulte la educación para formar personas capaces de buscar en paz y cooperación lo que significa para cada uno la bondad, la belleza y la verdad, y de llegar a consensos sinérgicos y a discrepancias fecundas con sus convecinos al respecto.

Y si hablamos del tercer bien supremo, que es la verdad, debemos hablar de la ciencia, nuestro mejor instrumento para buscarla. Como señala Michael Hampe: “La identidad

de una persona que dedica toda su vida a la investigación veraz sobre su propio ser y sobre el mundo, buscando el entendimiento también veraz con los demás, es la insignia que el racionalismo ha enarbolado como forma de vida *ilustrada o científica*.”

Vamos a las disciplinas gnoseológicas –matemáticas, física-química-biología, historia, lengua. ¿Qué se aprende en ellas? A memorizar datos y procedimientos heurísticos. ¿Cómo? Interiorizando y esforzándose en dar sentido paradigmático a enunciados teóricos y resolviendo ejercicios mediante métodos heurísticos antes memorizados y ejercitados hasta dominarlos. ¿Constituye esto información adecuada sobre el mundo humano y no-humano al que van a adaptarse niños y jóvenes y con el que co-evolucionarán? Es dudoso –la actitud de los alumnos así lo denota. Nos consolamos pensando que les ofrecemos la base de oficios y profesiones con que pueden ganarse la vida honradamente, pues esas enseñanzas preparan para ingresar en las facultades universitarias de ciencias naturales, sociales y humanidades (sus contenidos son los rudimentos de los de esas carreras), pero aún en eso el éxito es escaso: muchos estudiantes llegan mal preparados en el saber especializado del grado particular que cursarán y con un bagaje de lo que se llama ‘cultura general’, pobre en lo demás.

La idea de memorizar datos y resolver acertijos tenía, originalmente, el muy sensato propósito de dotar al aprendiz de una amplia experiencia empírica y de la mayor habilidad pragmática y la mayor flexibilidad y concreción de pensamiento posibles. Ejercitarse en la adquisición de estas destrezas (es decir, el proceso de aprender a estudiar lo que ahora se sabe y a investigar más allá) tiene todo el sentido del mundo cuando ocurre en el curso del aprendizaje de una actividad con sentido real –no como ejercicios formales, sin contexto histórico ni tecno-social de ningún tipo, como ocurre de forma generalizada ahora. La enseñanza de todas las ciencias quizá ganase atractivo si, junto a los conocimientos que se consideran relevantes, se indicase por qué era importante y qué significado tenía investigarlos para quienes los indagaron, y para nosotros ahora. ¿Por qué son relevantes, si es que lo son, el antiguo Egipto, las primeras fases de la embriogénesis, las nociones de retroalimentación y entorno, o el concepto de infinitesimal? En último término, porque ayudan a pensar con sentido y sentimiento, y porque pensar rigurosa y reflexivamente ayuda a vivir.

La virtud que todo ese conocimiento ético, estético y epistémico fundamenta es la prudencia, la más olvidada de todas las virtudes en un mundo que, según parece, se abalanza tan pusilánime como soberbiamente hacia el mayor colapso ecológico de todos los tiempos. Para conjurar ese horizonte quiero formular ahora un pequeño sueño sociotécnico. Creo posible que los medios informáticos y telemáticos lleguen a permitir pronto el auto-aprendizaje personalizado bajo guía tutorial de los estudiantes. Los ‘contenidos’ estarán en la red y ellas y ellos buscarán, tomarán, usarán y transformarán los que les interesen. Habrá que diseñar y ofrecerles proyectos interesantes, comunes y compartidos. Habrá que cuidar que no se atasquen, se equivoquen, se dispersen o se desmotiven. Habrá que alentar sus declaraciones, escuchar sus ilusiones y comprender sus sueños. Habrá que guiarles, acompañarles, alentarles, consolarles, rescatarles. Habrá

que procurar que los centros educativos, no sean sólo medios, tal vez inútiles, para algo que puede o no venir después, sino experiencias con significado en sí mismas, en el sentido de que uno se sienta mejor, más justo, más hermoso y más sabio por haberlas vivido como lo ha hecho.

Si se lee lo que Jenofonte o Platón dicen de Sócrates, se verá que todos sus debates giran en torno a la pregunta de qué es ‘un hombre de bien’, aquel que lleva una vida buena. Educar consiste en poner a disposición de todos los mejores recursos que la tradición humanística, el pensamiento social y las ciencias han cosechado, para, reflexionado individual y colectivamente sobre ellos, con espíritu crítico, auto-crítico y sentido común, responder, a cada momento, a esta pregunta: “¿Qué es para mí, aquí y en este momento de mi vida, ser ‘una persona de bien’; y por qué medios a mi alcance puedo mejorar, para mi propia satisfacción personal y en beneficio de quienes quiero?” No obstante, hay una pregunta aún más fundamental, la pregunta debido a la cual, Sócrates creía que una vida sin reflexión no merecía la pena y que sólo con ella era verdaderamente humana: “¿Cómo puedo llegar acuerdos con mis conciudadanos, empezando por mis compañeros, para conjugar nuestras voluntades y libertades en un esfuerzo conjunto para el bien común; vale decir, para definir el rango, más o menos amplio, de proyectos de vida y de cultura, compatibles, que nos permitan vivir auténtica y satisfactoriamente ahora –y dentro del cual elegimos el nuestro personal□ y mantener esa lucidez, esa capacidad de aprender y esa libertad de decidir en el futuro, indefinidamente, para nuestra estirpe y para todos los miembros de nuestra especie?”

Los griegos distinguían entre pedagogos, que enseñaban materias, y maestros, que eran ejemplos de distintas artes (incluso del arte de vivir) que sus discípulos deseaban emular y desarrollar a su manera. La educación, dado que, además de pedagogos, precisa de maestros, ha de comenzar por uno mismo –por pensar, a fondo, sobre lo que place y lo que no, sobre lo útil y lo expresivo, lo conceptual y lo no-conceptual, lo que libera y lo que ata. Muchas gracias.
